

tud, y 2 metros de altura, variando su peso de 600 á 1,000 kilogramos.

El bisonte de América se parece mucho al de Europa; pero tiene las piernas y la cola más cortas, el pecho más desarrollado, la frente más ancha, y el pelo más largo.

El bisonte de América hállase amenazado de sufrir idéntica suerte que su congénere de Europa. Antes abundaba en casi toda la América del Norte, y hoy ha desaparecido de gran parte de este continente. Cada año se aleja más, y los sitios en que se refugia son más limitados y estrechos. Los blancos y los indios rivalizan con la fauna de aquellas regiones para destruir aquellos salvajes bovidos. Pero la fauna es más lógica y prudente que el hombre, y destruye lo que necesita; mientras que los indios y los blancos matan gran número de bisontes, que no aprovechan y se pudren en las praderas.

Hoy aun pacen y corren por las inmensas praderas del oeste millones de bisontes. Cuando los europeos comenzaron á establecerse en la América del Norte, hallaron al bisonte en todas las costas del Atlántico; pero ya en los albores del siglo XVIII se señalaba como cosa extraordinaria la captura de un bisonte en el cabo Fear River.

Á fines del siglo último, el bisonte abundaba en el Kentucky y en el oeste de la Pensylvania; y hoy es raro ya en la Louisiana y en el Arkansas. Antes, el límite de las comarcas habitadas por el bisonte eran: el septentrional, el gran lago de los Esclavos, y las montañas Rocosas sus lindes occidentales. Durante estos últimos años, los bisontes han emigrado hasta los 65 grados de latitud norte, y atravesado las montañas para buscar un refugio en las grandes llanuras del oeste.

Los cazadores que quieran cazar el bisonte deben dirigirse á las comarcas del norte y del oeste del Misuri, donde se hallan aún gran número de bovidos salvajes. En 1851, Mœlhausen vió centenares de miles de bisontes en las inmensas praderas que se hallan al oeste del Misuri. La mirada, al extenderse en la llanura hasta el horizonte, sólo veía inmensas superficies negras. En 1858, Frœbel, en su viaje desde el Misuri á Méjico, durante ocho días caminó entre rebaños de búfalos.

Los bisontes cambian de morada según las estaciones. En verano se desparraman por las llanuras; en invierno se reúnen y se encuentran en el seno de las selvas.

Cada año los bisontes emprenden largas peregrina-

naciones. En julio descienden al sud, hacia las regiones fértiles del Arkansas; en la primavera vuelven al monte, pero divididos en pequeños rebaños. Estas emigraciones se realizan desde el Canadá hasta las costas del golfo de Méjico, y desde el Misuri hasta las montañas Rocosas.

Sin ver á los bisontes puede adivinarse su proximidad por el sinnúmero de lobos que les siguen, y águilas y cuervos que junto á ellos revolotean para satisfacer su necesidad con los cadáveres de los bisontes que quedan en la llanura.

Los bisontes siguen invariablemente los mismos caminos, y van desde los sitios donde pacen á los ríos donde abreven, y apagan su sed y se bañan. En sus viajes siguen los caminos á través de las praderas, apellidadas por los indígenas *senderos de los búfalos*.

Uno de los espectáculos más característicos y curiosos es la lucha de los bisontes: escarban con violencia el suelo, bajan la cabeza, mughen estruendosamente, y se precipitan uno contra otro, chocando las cabezas con furia.

El bisonte no es torpe y perezoso como afirman algunos; y, bien que pesado en la apariencia, es tan ágil como forzado. Su marcha no es lenta como la del buey; su paso es apresurado, y su galope tan rápido, que un caballo á escape á duras penas puede alcanzarle. Nada durante mucho tiempo y maravillosamente. Clarke vió á un rebaño de bisontes atravesar el Misuri por un sitio donde el río tenía cerca 2 kilómetros de anchura.

Los bisontes atraviesan las grandes corrientes de los ríos rápidamente y formando apretada columna, unos detrás de otros.

El oído y el olfato son los sentidos más desarrollados del bisonte de América. En cambio su vista es pobre, no por defectuosa organización, sino porque las espesas crines que engalanan su cabeza le impiden ver bien.

La inteligencia de los bisontes es semejante al de todos los bueyes salvajes: dulces mientras no están excitados, se truecan en feroces y terribles cuando se apodera de ellos la cólera.

La voz del bisonte es una suerte de sordo mugido; y, cuando en el seno misterioso de los bosques se oyen, allá lejos, en las praderas, las voces de miles de bisontes, semejan los ruidos pavorosos del trueno.

El régimen alimenticio de los bisontes varía según las estaciones: en verano halla en las praderas cuanto necesita para su sustento; pero en invierno su existencia es más precaria, y el frío y el hambre ocasionan grandes hecatombes de aquellos animales.

Los bisontes tienen por enemigo al oso gris hambriento, que no vacila en atacarlos para saciar su voracidad; pero los enemigos más terribles son los hombres, los *pieles rojas* y los blancos, que hacen cruda guerra á los bisontes, y avanzan cada año en su obra de destrucción.

«En otro tiempo,—dice Mœlhausen,— y cuando el búfalo podía considerarse como animal doméstico de los indios, los bisontes crecían y se multiplicaban en las grandes praderas; pero aparecieron los blancos, que estiman útil la piel y la carne del búfalo, y solicitaron de los indígenas el cambio de los despojos de aquel animal con armas y brillantes baratijas. Entonces comenzó el exterminio de aquellos bovidos salvajes: millares de búfalos fueron cazados, y su número disminuyó. Los indios, ávidos de procurarse objetos que halagaran sus sentidos, no vacilaron en sacrificar el porvenir al presente; y no está muy lejos el tiempo en que las praderas indias se verán despobladas de búfalos, y quedarán sin sustento trescientos mil indígenas.»

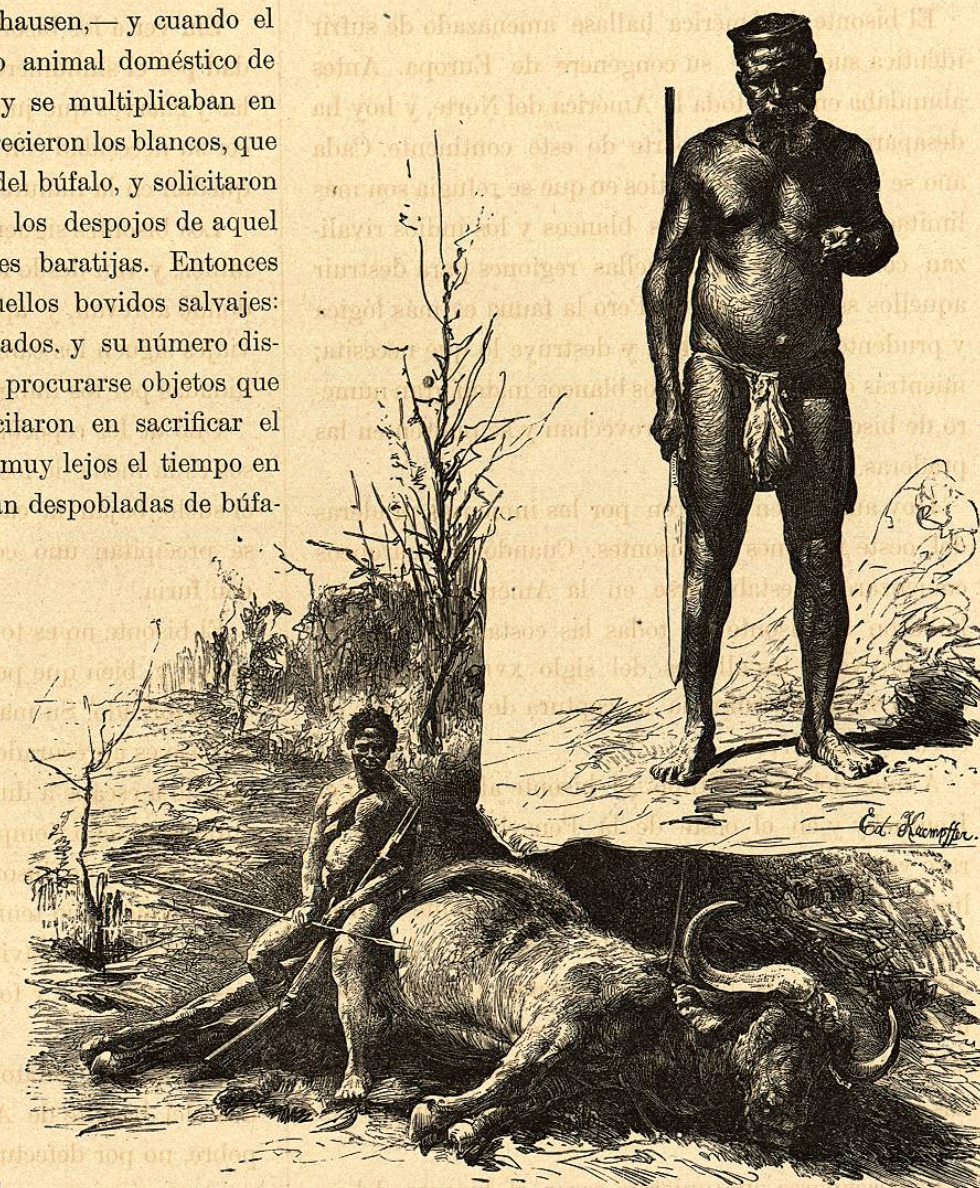
Se cazan los bisontes de diversas maneras. El indio de las praderas, montado sobre un caballo duro á la fatiga, y que ha cogido salvaje y libre en las estepas, realiza verdaderas maravillas.

Los *pieles rojas* se despojan de toda prenda inútil y que pueda embarazar los movimientos: arrojan la silla y el traje, y gobiernan el caballo sólo con la presión de las piernas y una correa de cuero, larga de 12 metros, que, en el caso de una caída, le sirve para alcanzar el caballo.

El guerrero de las praderas lleva en su mano izquierda el arco y las flechas, y en la mano derecha el látigo. Rápido como el rayo, cruza velozmente el espacio en busca de su presa. Allá á lo lejos se oye como el lejano ruido de la tempestad que se aproxima; es el ruido que produce una manada de búfalos.

Una mancha negra, compacta, aparece en el horizonte; el corcel relincha estrepitosamente, lanzando humo por sus narices de fuego. El indio divisa claramente á los búfalos, vibra la cuerda del arco, y la flecha, certeramente dirigida, atraviesa á la víctima. El caballo da un salto de lado, que evita el terrible en-

cuentro del bisonte herido, que se lanza furioso sobre el indio. La caza continúa sin cesar, y tras una pieza otra; hasta que, extenuados, rendidos al fin los *pieles rojas*, dejan el campo cubierto de bisontes heridos, maltrechos ó muertos.



Zuli cazador de búfalos

¡Cuánto valor y destreza se necesita para salir airoso en semejantes combates!

Cuando ha huído del campo de batalla la manada, compuesta de centenares de búfalos, entonces los vencedores sacan provecho del botín, desollando los bisontes, poniendo á secar su piel, y cortando sendas tajadas de carne, que les sirven para vivaquear; y el resto es abandonado á los lobos y á las aves de rapiña.

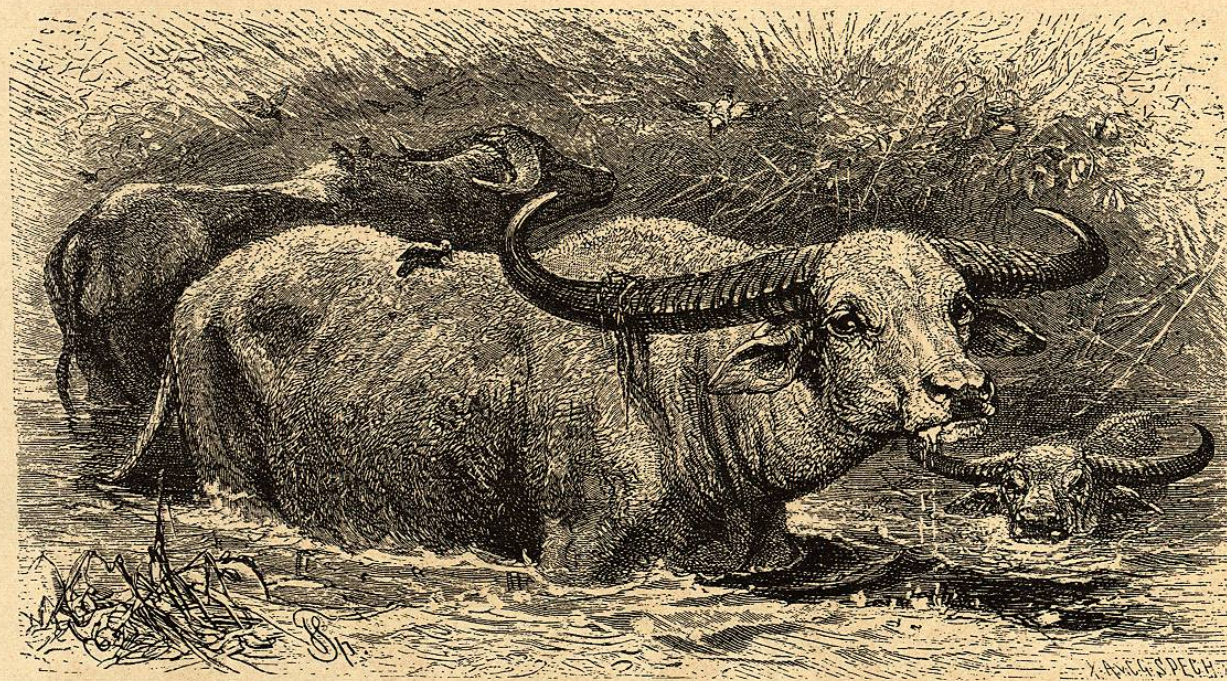
Otras veces los *pieles rojas* cazan sigilosamente los búfalos salvajes por medio del artificio.

El indio camina cubierto con pieles de lobo, incli-

nado al suelo é imitando á un animal; y así se acerca, hasta que escoge á su sabor el bisonte que más le place, y á mansalva le mata.

Los *pieles rojas*, que no tienen más ocupación que la caza y el merodeo, hacen una guerra sin cuartel ni piedad á los bisontes; de suerte, que matan de una manera irreflexiva y destructora, impulsados por la pasión venatoria.

John Franklin asistió, cerca de Carlston, á una caza de bisontes que tiene impreso un sello singular. Era



Búfalos de Keraban

Otros viajeros han narrado también la caza de bisontes. Audubon asegura que desde el *Fuerte de la Unión* se dispararon cañonazos á columnas cerradas de bisontes.

Fröbel cuenta que cuando en su caravana había necesidad de carne se destacaba un buen jinete cazador, que iba en derechura hacia una manada. Escogía el búfalo que mejor le parecía, y podía llegar hasta él impunemente y disparar á boca de jarro, porque el resto de la piara huía.

Un mejicano que formaba parte de la caravana de Fröbel, y que había sido esclavo, durante ocho años, de los *comanches*, lanzaba el lazo y lo arrollaba al cuello de los bisontes, de tal suerte, que quedaban apasionados fácilmente, pues el búfalo se paraba para sacudir el yugo; pero el mismo Fröbel le pasaba entonces una cuerda entre las piernas, derribándole al suelo. El mejicano saltaba del caballo y desollaba al bison-

te, dejando abandonados los restos á los cuervos y lobos.

La caza del bisonte no se ofrece siempre tan propicia y fácil. Wyeth fué testigo del fatal desenlace de una caza de bisontes. Un indio cayó maltrecho y herido por un bisonte, que furioso se lanzó sobre el caballo y jinete, derribando al *piel roja* al suelo; y antes que hubiese logrado levantarse, le clavó los cuernos en el pecho.

«Entonces,—dice Franklin,—penetramos á nuestra vez, y comenzó una terrible matanza, sembrando el suelo de bisontes muertos y heridos.»

te, dejando abandonados los restos á los cuervos y lobos.

La caza del bisonte no se ofrece siempre tan propicia y fácil. Wyeth fué testigo del fatal desenlace de una caza de bisontes. Un indio cayó maltrecho y herido por un bisonte, que furioso se lanzó sobre el caballo y jinete, derribando al *piel roja* al suelo; y antes que hubiese logrado levantarse, le clavó los cuernos en el pecho.

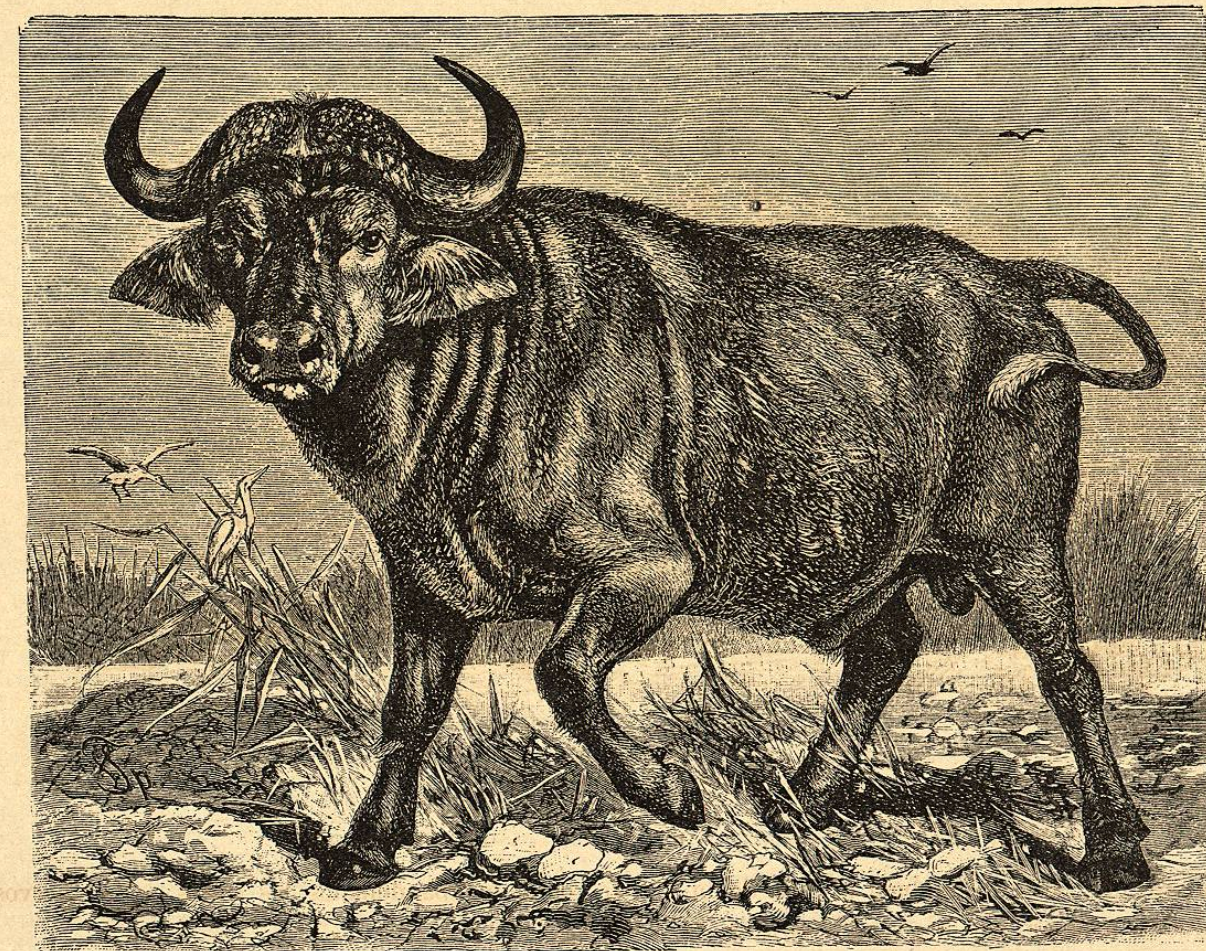
Richardson cuenta otro accidente también desgraciado:

«Cerca de Carlton-house, un empleado de la compañía de la bahía de Hudson hizo fuego sobre el bisonte, que cayó al suelo. El imprudente cazador se dirigió apresuradamente hacia el sitio donde se hallaba el búfalo, que se levantó, dirigiéndose con ímpetu terrible hacia el cazador. Era éste hombre forzado y dotado de una sangre fría extraordinaria: así al bisonte por los

largos pelos de la frente y luchó cuerpo á cuerpo con él. La pelea fué ruda, larga y terrible. Por desgracia se lastimó uno de los puños, y cayó, casi moribundo, en tierra. Acudieron sus compañeros, y le hallaron sin conocimiento y bañado en sangre. El bisonte se hallaba á su lado, espiondo, sin duda, si hacía el menor movimiento para acabar con el cazador. Cuando se apartó el terrible animal, recogieron al herido, que murió al cabo de dos meses.

Nuestra narración, sencilla y verídica, nos veda reproducir las escenas fantaseadas por la imaginación de célebres novelistas, que reproducen los maravillosos cuadros de las cazas de las praderas del oeste.

Nosotros hemos cazado el bisonte en el Norte-América, pero no en compañía de indios, sino con otros blancos. A orillas del Misuri, al norte del Arkansas, hemos vivaqueado más de una vez para cazar el bisonte y otros animales venatorios.



Búfalo de Cafreria

Aquellas cazas, no desprovistas de peligros, en el seno de inmensos bosques y florestas, y de grandes praderas, ofrecen un incentivo grande para el cazador, que contempla, dentro del sublime marco que presenta una naturaleza casi virgen, una fauna abundante, que se defiende, y ataca al cazador. La primera condición para cazar en el Norte-América es ser excelente jinete, identificarse con el caballo, de tal suerte, que lleguen á formar como una misma pieza. Los saltos, los brinco de costado, cuestan heridas y muertes seguras; pues el bisonte herido, furioso se lanza sobre el

cazador y su montura, y su empuje y su fuerza son entonces inmensas.

El cazador, en medio de una furiosa carrera, ha de parar en seco el caballo para apuntar con su *rifle* de dos tiros. Para ello se necesita una fuerza, con dominio del caballo y del terreno, que sólo se logran merced á un continuado ejercicio, y después de haber sufrido gran número de caídas. Si no fuera el temor de ser prolijos, podíamos referir muchas de estas cazas de bisontes, que, no sin algún accidente, nos proporcionaron vivas emociones y preseas no despreciables.»